

El pintor donostiarra Javier Valverde expone en la sala Sanz Enea de Zarautz un total de 42 obras y cuatro grabados. La muestra, abierta al público hasta el día 31, permitirá al espectador observar paisajes sencillos y sutiles, aunque llenos de significado. **TEXTO Sara Etxart**

Una naturaleza de ensueño

“**T**ENGO miedo de la participación del hombre en la naturaleza”, explica el pintor donostiarra Javier Valverde (1956). Comenzó su carrera a los 19 años y el paisaje ha sido siempre su fuente de inspiración principal. Hasta el día 31 Sanz-Enea de Zarautz expone 42 obras del autor creadas –excepto dos– en el año 2009. Las dibujadas con anterioridad, son piezas que nunca había mostrado al público y que, esta vez, le “apetecían”. Además, estarán expuestos cuatro grabados del autor.

Valverde procede del seno de una familia que ya manejaba el lenguaje artístico. Su padre, Antonio Valverde *Ayalde*, fue un conocido pintor dedicado fundamentalmente al paisaje de su entorno, al retrato y al mundo rural. Sin embargo, el estilo pictórico del donostiarra ha seguido caminos más fantásticos y surrealista, llegando a ser comparado con Magritte, Dalí o Vicente Ameztoy.

La naturaleza es una constante en este pintor que, aunque nació en Donostia, ha considerado siempre Oiarzun su hogar. “Muchos de los paisajes que dibujo se originan en Oiarzun”, asegura el pintor: “La zona del Pirineos me gusta mucho y la Ribera de Navarra o La Rioja también, el secano me atrae”, explica.

Cambiar de lugar le ayuda a seguir innovando: “Si llevo una temporada larga sin moverme me gusta cambiar de aires e irme a la Ribera que es un mundo completamente diferente”, añade.

A Valverde el paisaje le ha rodeado toda la vida y se diría, que le ha servido como pretexto para comunicarse y expresar una visión íntima y peculiar del mundo. “Plasmo lo que me rodea y lo que me gustaría que me rodease, siempre hay paisajes imaginarios que a uno le gustaría pisar, ver o vivir”, confiesa. “Aunque hay que estar pendiente de lo que se está rodeado, ya que es desde donde se empieza”, apunta.

EL HOMBRE Adaptarse al entorno

Los elementos relacionados con el ser humano en sus trabajos no suelen ser temas centrales, más bien, son pequeñas piezas que encajan como si fueran propias de un puzzle. “A lo mejor es por el miedo que me da la participación del hombre en la naturaleza”, confiesa. “Quiero evitar que el ser humano tenga mucho contacto con el paisaje, porque creo que se están haciendo muchos destrozos”, puntualiza. “Quiero mantenerle un poco alejado en mi obra”, medita.



Javier Valverde, ayer, en su estudio. FOTO: N.G.

Las obras de Valverde muestran elementos como instrumentos que giran alrededor de un árbol, faros que alumbran el lado contrario al mar o frontones que se confunden con la tierra árida. Sutil y sencillo,

“Plasmo lo que me rodea y lo que me gustaría que me rodease”, explica el artista donostiarra

aunque lleno de significado: “Son elementos que voy colocando, en realidad, es todo muy inconsciente”, explica. “No premedito lo que voy a pintar sino que plasmo rápidamente la idea, en cambio, sí pienso detenidamente que técnica voy a emplear”, asegura.

Uno de los cuadros rompe la dinámica temática colocando en primer plano el busto de un hombre sin rostro y con *txapela*. “Es un cuadro muy irónico y creo que intento reflejarme a mí mismo”, sonríe. “La pieza del vasco con la cabeza cuadrada es

como si me riera de mí”, apunta.

Valverde es un apasionado del óleo sobre lienzo. Es la técnica más empleada en sus cuadros. “Es la técnica en la que más me gusta trabajar”, indica. No obstante, la muestra también exhibe cuatro grabados, trabajos elaborados con pastel y una acuarela. Otra de las características de Valverde es la utilización del volumen. Para conseguir este efecto, se vale de diferentes recursos como la superposición de lienzos.

LA PINTURA “Me lo ha dado todo”

La interpretación que el espectador quiera dar a la obra del autor es libre. Valverde ni siquiera titula sus obras por no querer “despintar” al observador: “El público tiene el trabajo delante y creo que sobran las palabras”, explica. La medida de los cuadros de tamaño grande es de 200 por 150 centímetros y los que son más pequeños rondan los 38 por 46 centímetros.

El pintor donostiarra no tiene claro si desempeñaría el oficio de pintor si volviera a nacer, lo que sí sabe es que la pintura se lo ha “dado todo” y que imaginarse su vida en los últimos quince años sin ella se le haría “tremendamente difícil”.



Uno de los paisajes característicos de Javier Valverde, expuesto en Sanz-Enea. FOTOS: RUBEN PLAZA



Detalle de una de las obras.



Imagen de una de las piezas.